

rior, después de haber enviado al General Escobedo las municiones de que éste carecía, se consagró á activar los trabajos de la maestranza de Puebla y al reclutamiento de su ejército, insuficiente para cubrir siquiera la extensa línea de circunvalación.

Pero impuso tanto con su actitud que Márquez no osó dar un solo paso fuera de la ciudad, limitándose á extorsionar á la población, robando los depósitos de víveres del comercio y de los particulares, y plagiando á los propietarios y á los ricos, sin respetar ni á las mugeres, para sacarles gruesas sumas de dinero.

Esa ha sido siempre la historia de las dictaduras clericales que han usurpado en México el poder. Y en Querétaro, á la vista de un príncipe austriaco que se decía ilustrado y humanitario, se cometían iguales atentados que en la capital.

Tanta violencia, la escasez de víveres, y el terror que inspiraban los secuaces de Márquez, hacían salir de la ciudad centenares de familias que iban á abrigarse al campamento republicano, donde encontraban no sólo garantías y protección, sino elementos y cuanto era necesario para la vida.

Durante el sitio de México se reveló el prodigioso talento administrativo del Señor General Díaz, quien actualmente y en los tres períodos en que el pueblo le ha confiado el Poder Ejecutivo de la República, ha podido en un campo más vasto aplicar sus facultades, cambiando enteramente la faz de la Nación y llevándola rápidamente por el camino del progreso.

El General Díaz, además de las urgentes atenciones de la campaña, tenía que despachar los ramos federales de los nueve Estados que estaban bajo su mando, y los del Distrito Federal. El Cuartel general había cuidado de nombrar gobernadores interinos de dichos Estados á patriotas dignos é inteligentes, que con verdadero celo y aplauso de los pueblos desempeñaban su cometido.

En suma, Porfirio consiguió en la inmensa zona de su dependencia regularizar todos los servicios públicos, establecer impuestos concordantes con las antiguas leyes de la República, formular el presupuesto civil del Distrito, metodizar la recaudación y crear al fin la hacienda pública, cubriendo los fuertes gastos de la campaña.

Entre tanto el sitio se había cerrado completamente, en virtud de haberse aumentado el Ejército de Oriente: las primeras líneas de los sitiados estaban ya dominadas por la artillería de los republicanos, y no quedaba un solo punto por donde pudieran salir los imperiales.

El Lugar-teniente se sintió perdido y el terror de su alma llegó á la demencia desde que fué rechazado en la calzada de la Piedad, por donde intentó hacer una salida. El General Díaz con las brigadas de Terán y Lalanne salió á su encuentro en el puente de los Cuartos, derrotándolo completamente.

Y sin embargo, el General en Jefe del Ejército de Oriente no emprendía ataque alguno para apoderarse de la primera línea de defensa y ocupar las primeras casas de la capital. Y no era que le pareciese difícil aquella ocupación, sino que deseaba ahorrar la sangre de sus soldados, que bastante se había derramado ya.

Tenía el General Díaz la convicción de que con no permitir la entrada de víveres á la capital ésta sucumbiría, sin peligro para los cuantiosos intereses encerrados en ella y que sufrirían demasiado en un asalto.

La población en efecto carecía ya de todo, y las clases desvalidas se morían de hambre. Diariamente se amotinaba el pueblo buscando maíz y leña y apenas podía Márquez refrenar aquellas demostraciones.

En los primeros días de la segunda quincena de Mayo Querétaro fué ocupado al fin, entregándose prisioneros Maximiliano y sus Generales con todo su ejército; pocos días después Ramirez Arellano, que había logrado escaparse y penetrar disfrazado á Mexico, dió parte á Márquez de la caída del imperio.

El Lugar-teniente quiso que se guardara un profundo silencio sobre aquel desastre, y con un cinismo enteramente conservador recurrió á un ardid del que se abusó demasiado, tanto durante el sitio de Querétaro como en el de México.

En medio de las salvas de artillería, los cohetes y los repiques se publicó un parte oficial comunicando que Maximiliano, después de ha-

ber derrotado completamente á Escobedo, venía con un ejército numerosísimo á salvar la capital. Y aquella grosera mentira estaba revestida de cuanto pormenor se creyó necesario para darle un barniz de verdad.

Pero en las legaciones extranjeras, en el comercio y en la banca se sabía perfectamente que Querétaro había sucumbido ya, quedando prisionero el Príncipe con todo su ejército.

Confirmaron esta noticia algunos hechos que en vano procuraba Márquez ocultar á la población: tal fué, por ejemplo, la llegada de las fuerzas de Puebla y México que el General Díaz había enviado á Querétaro desde el mes de Abril, y de dos divisiones del Norte y una de Occidente que al mando de Corona venían al sitio de la capital. Pero lo que ya no pudo mantenerse en silencio fué la partida para el interior del cuerpo diplomático autorizado cerca de Maximiliano, y la de los abogados Ortega y Martínez de la Torre y Riva Palacio que aquel había nombrado como sus defensores.

La nueva del desastre llegó con todos sus pormenores á la legión extranjera, que constituía la parte más importante de la guarnición de la capital, pues los soldados de Márquez, enteramente desmoralizados, no hubieran podido oponer ya una seria resistencia á los ataques de los republicanos. Desde entonces los austriacos se pusieron en contacto con el General Díaz, ofreciendo primero mantenerse neutrales y más tarde rendirse, sin más garantías que las de la vida.

Los Coroneles Kodolich, Kevenhuller, Vikembourg, Hamerstein, y los Comandantes Chenet y Klickzing habían declarado desde el principio del sitio que jamás servirían bajo las órdenes de un General, como Márquez, que abandonaba sus tropas huyendo desde el principio de la batalla. En tal virtud se pusieron al mando de Kodolich, desconociendo al Lugar-teniente, y ofreciendo capitular por su cuenta, cuando llegara la vez.

La tragedia del imperio tocaba en tanto á su sangriento fin. El 13 de Junio se había reunido en el Teatro de Iturbide de Querétaro el Consejo de guerra ordinario que debía juzgar al Príncipe de Hapsburgo, y á sus dos Generales Mejía y Miramon: y al siguiente día los tres reos de lesa nación fueron condenados á muerte.

De todas partes se levantaron mil voces pidiendo el indulto de los condenados; pero Juárez y su gabinete permanecieron inflexibles.

La sentencia debió ejecutarse á las dos de la tarde del domingo 16 de Junio; pero á petición de los defensores de los reos el Gobierno concedió una próroga de tres días. Es que los abogados, que con tanto celo se empeñaban en salvar á Maximiliano y á sus dos generales, esperaban luchando más conseguir el perdón: esperanza vana que pronto quedó desvanecida.

Por fin amaneció el día 19, y con la rapidéz con que nace el día casi sin aurora en aquella latitud, el cielo de Querétaro se vió inundado de luz y el sol brilló en el espacio.

En la celda del ex-convento de Capuchinas que servía de prisión á Maximiliano había un silencio fúnebre, y solo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en un altar improvisado.

Maximiliano hacía las últimas confidencias de su conciencia al sacerdote que lo asistía, y se despedía de sus amigos y sirvientes que estaban en torno suyo: en las dos celdas inmediatas Miramon y Mejía hacían también su tocador de muerte.

Se oyó á poco el redoble de los tambores que tocaban llamada, el tropel de la caballería que iba á escoltar á los reos y el ruido de los carruajes que debían conducirlos al cerro de las Campanas.

Un oficial penetró á la celda de Maximiliano pronunciando la terrible palabra «ya es hora.» Los condenados á muerte salieron de sus celdas, y la fúnebre comitiva partió.

En una pequeña meseta del cerro de las Campanas hicieron alto los reos: frente á ellos se colocaron tres pelotones de infantería encargados de ejecutar la sentencia de la República. Momentos despues se escuchó una fuerte y triple detonación, envolviendo una nube de humo á aquel siniestro grupo: pero disipado el humo se vieron tres cadáveres que yacían en el suelo.

El de Maximiliano fué conducido á la sala de profundis de Capuchinas: los de Miramon y Mejía fueron entregados á sus familias. El imperio se había ahogado en la sangre real de Carlo Magno.

El mismo día 19 de Junio se supo en la capital el fusilamiento de Maximiliano y de sus dos generales. La desmoralización cundió por

todas partes, y los Jefes imperialistas más comprometidos, los que sabían que para ellos sería inflexible la ley, desaparecieron de la escena. Márquez se escondió empolvando quien sabe en qué sótano sus laureles y cruces militares: y lo mismo hicieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Ramirez Arellano y otros.

El General Porfirio Díaz, en tanto, creyó que había llegado la hora de ocupar ya la capital de la República, y comenzó á dar sus disposiciones para el asalto. Pero al amanecer el día 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca de parlamento.

El General Alatorre, en nombre del General en Jefe, recibió á los comisionados que venían á tratar de la redición pidiendo garantías; pero el Jefe republicano les contestó que no estaba facultado para hacer concesión alguna, y que solo admitiría se rindieran á discreción.

Los comisionados volvieron á la ciudad, que aguardaba aterrada la suerte que le impusiera la voluntad del vencedor.

Como espiraba el plazo señalado por el General Díaz para la rendición de la guarnición, y no se recibiera respuesta alguna, comenzaron las columnas republicanas á organizarse para el asalto, y las baterías del ejército sitiador rompieron el fuego sobre la ciudad, arrojando sobre ella infinidad de granadas y bombas.

En el acto volvieron á izar la bandera blanca y Tavera, que había quedado con el mando de la plaza desde que el Lugar-teniente se escondió, se rindió con toda la guarnición imperialista que estaba á sus órdenes.

El General Porfirio Díaz en nombre de la República libre é independiente ocupó la capital, arrancando de las armas de la gran ciudad la corona imperial que había grabado en ellas la ensangrentada espada de la invasión extranjera.

CONCLUSION